

calumnia, que se encarnizaba en ella, la asustaba mas que el cadalso. Habia conservado sus amigos Barbaroux, Petion, Louvet, Brissot y Buzot. Se preparaba á marchar de París y á retirarse de nuevo con su esposo y su hija á su casa de Beaujolais.

Mas no era únicamente por huir del ruido amenazador que sus enemigos hacian en torno de su nombre, por lo que queria ocultarse en sus montañas, sino por huir de sí misma. Los peligros que corrían sus amigos la revelaban la fuerza con que los apreciaba. Casta, como las estatuas de la antigüedad de que habia hecho su modelo, temió profanar en su alma, por el fuego de un amor vulgar, la llama pura y sobrenatural de la libertad. Resolvió alejarse, pues tenia aun mas necesidad de su propia estimacion que de gloria. Quería ofrecer á la muerte una victima sin mancilla.

Pero la agitacion del momento, las cuentas que Roland tenia que dar de su administracion, los peligros que aumentaban todos los dias, suspendian aquella marcha de semana en semana. Su alma, dividida entre su piadoso culto por Roland, su amor por su hija, las inquietudes por sus amigos, la vigilancia por sus sentimientos, y su dolor por los males de la patria, sufría á la vez todas las angustias de la esposa, de la madre y del gefe de partido. Conocía á su vez la amargura del odio del pueblo, el veneno de la calumnia, la indiferencia del hogar conyugal, las alarmas nocturnas por la vida de un esposo y de sus hijos; y todas esas angustias no habia sabido compadecerlas en la reina. Su casa, oculta en una sombría calle de un barrio del Panteon, encerraba tantos disgustos y gemidos como un palacio.



LIBRO TREINTA Y NUEVE.

Danton y Robespierre.—Segundas nupcias de Danton.—Danton acusa á los girondinos.—Robespierre pide su enjuiciamiento.—Vergniaud se defiende.—Contesta Danton.—Marat.—Teorias de Robespierre.—Apreciaciones.

I.

Los acontecimientos se sucedían rápidamente como una fortuna que se desmorona. La influencia de los girondinos en los departamentos, sostenida con artificio por los diarios pagados por Roland, crecía todos los dias: los peligros de la patria inclinaban al pueblo hácia los partidos extremos. Los comisionados de la Convención corrían de ciudad en ciudad, instalando ó destituyendo á capricho, las autoridades locales, unas del partido de los jacobinos, otras del de la Gironda. Bourdon de l'Oise, comisionado en Orleans, donde predicaba las doctrinas de Robespierre, y reemplazaba la municipalidad moderada con otra jacobina, recibió veinte bayonetas en la sala del ayuntamiento. Recogido y puesto en salvo por los demagogos, envió sus asesinos á París al

tribunal revolucionario. Manuel, el antiguo procurador sindico de París retirado en Montargis, su patria, fué arrebatado de su casa por el pueblo, arrastrado al pie del árbol de la libertad, despojado de sus vestidos, acribillado de heridas, desfigurado por los golpes, inundado de sangre, y la municipalidad que corrió allá para librarle, no halló otro asilo para él mas que un calabozo.

La mayoría de la Convencion decidida por el Llano, vagaba al antojo de Barrere; Robespierre se alejaba de Danton, á quien se sospechaba cómplice en la traicion de Dumouriez: Legendre trató de reconciliarlos.

II.

Danton y Robespierre se encontraron en la mesa de Legendre: Danton, cuyo carácter tenia la franqueza de la fuerza, y el odio fácil de ablandar de los hombres violentos, fué el primero que se adelantó y dió la mano á Robespierre. Este retiró la suya y permaneció todo el tiempo de la comida violento y en una taciturna observacion. Al concluir dejó escapar algunas frases de doble sentido, que sin designar directamente á Danton, manifestaban la desconfianza y el desprecio de aquellos hombres, que solo ven en las revoluciones medios sangrientos de hacer fortuna y solo despojos en la victoria. Era una alusion demasiado clara á las sospechas de concusion que pesaban sobre la conciencia de Danton y á los recuerdos de setiembre. Danton respondió con algunos sarcasmos sobre los hombres que tomaban su orgullo por virtud, y su cobardía por moderacion. Estos dos rivales se separaron mas agriados y mas antipáticos que antes de aquel momento. Danton se inclinó de nuevo á los girondinos, y se humilló hasta implorar la amnistía de su pasado. Un diputado de su partido llamado Meilhand, su-

plicó á sus amigos se aprovecharan de aquellas disposiciones para atraer á sí á este coloso que llevaba consigo la popularidad y la victoria.

Cierto día que Danton y Meilhand se encontraron en uno de los comités de la Convencion, entablaron conversacion. Marat atravesó la sala, dirigió algunas palabras al oido de Danton y se alejó. «¡Miserable, dijo este último á Meilhand, sangre, sangre, siempre sangre, no quiere mas que sangre! Salgamos de aqui; me horrorizan semejantes hombres.» Y arrastró á Meilhand hácia el jardin de las Tullerías. Viendo Meilhand á su amigo oprimido por los remordimientos, y con el ánimo dispuesto á escuchar consejos de moderacion, le hizo ver que Marat deshonraba su política y que Robespierre, despues de haber gastado su popularidad, amenazaria hasta su vida; manifestóle la necesidad en que se veia la república de una mano poderosa, que encargándose de los negocios dirigiese á la vez un freno al populacho, diera impulso á la nacion, impusiese á la Convencion y anonadase, como á viles reptiles, á Marat en su sangre y á Robespierre en su orgullo. «Tú eres ese hombre, añadió, pronúnciate en favor nuestro, olvidaremos lo pasado y te seguiremos; tu ambicion será la salvacion de la patria.» Danton escuchaba sin repugnancia y callaba como hombre que delibera consigo mismo: su mirada consultaba la de Meilhand para absolver si abrigaba el alma del girondino lo que sus labios espresaban. «¡Si pudiera fiarme! dijo en fin suspirando. ¿En nombre de quién me hablas de ese modo?—En nombre, respondió el girondino, de los que desprecian á Marat y detestan á Robespierre tanto como tú.—¿Y quien te ha dicho que detesto yo á Robespierre?—¿Quién me lo ha dicho! Tu interés. Robespierre ha proferido ya contra tí palabras siniestras, y si no le ganas por la mano, él lo hará contigo.» Todavía reflexionó Danton un momento, y en seguida esclamó con el ademán de una resolucion desesperada y costosa para el alma: «No

hablemos mas de ello, es imposible. Tus amigos no confían en mí, y despues de haberme perdido por ellos, me entregarían á nuestros enemigos comunes. Echada está la suerte; la muerte decidirá.»

Danton repugnaba á los girondinos por sus violencias y á Robespierre por su inmoralidad. El temor que inspiraba era lo único que entonces le protegía contra el desprecio. Arrostraba con descaro su mala reputacion, haciendo ostentacion del desenfreno á la sombra del patriotismo. Cercado de hombres corrompidos y serviles, tenia una corte y cortesanos; Hebert, Fabre, Merlin, Chabot, Lacroix, Westermann, Brune, Bazire y Camilo Desmoullins, se sentaban á su mesa. Allí de las conjuraciones pasaban á los placeres, dando á la revolucion el carácter de una orgía de patriotismo. Los versos, las artes, la música y el complaciente amor, distraían á Danton de la tension de ánimo ocasionada por los negocios, y de los arrebatos de la elocuencia. La indiferencia voluptuosa y el ateísmo sin porvenir, constituían la filosofía de aquellas reuniones. Eran los discípulos de Helvecio practicando a moral del placer sobre las ruinas de un imperio.

Danton ademas, habia comprado y alhajado una casa de campo á orillas del Sena en la ladera de Sevres, donde, á imitacion de Mirabeau, se retiraba frecuentemente con sus mas íntimos confidentes para meditar golpes de Estado.

Desde la muerte de su muger, sufría mucho viéndose aislado, y ya su alma, saciada de todo y cansada de aquellos deleites sensuales, pensaba en afecciones puras. Había atraído sus miradas y fijado su eleccion una jóven de diez y seis años, de tierna hermosura, hija de una familia honrada. Llamábase Luisa Gely. Trataba de casarse con ella, y al morir su primera muger se la habia designado ella misma á Danton como á propósito para servir de madre á sus hijos. No tenia Danton mas que treinta y tres años, pero queria ya retirarse del tumulto

y crearse la felicidad en el seno de la vida conyugal. La influencia de aquel amor, el deseo de purificarse para con su amada del contacto de Robespierre y Marat, la necesidad de fijar la revolucion para asegurar su propia suerte, eran otros tantos motivos que impelían á Danton hácia los girondinos, pareciéndole que podría rehabilitarlo el partido de estos hombres elocuentes y moderados. Perseguíale la obstinada idea de unirse á ellos, y aun despues de haber renunciado á ella ocurriasele sin cesar como un pesar ó un presentimiento.

III.

El padre de Gely habia sido ugiere de audiencias del parlamento, y la proteccion de Danton le habia procurado un destino lucrativo en las oficinas del ministerio de Marina, beneficio que escitaba en aquella familia un vivo reconocimiento; pero si la fama de Danton tenia algun prestigio, tampoco carecia de horror. La madre de la jóven rehusó por mucho tiempo consentir en aquel matrimonio, y dirigió á Danton reconvencciones amargas por su conducta en las jornadas de setiembre y su voto en el proceso del rey. Danton se humilló ante aquella muger, confesó sus yerros en las primeras crisis de la revolucion, los atribuyó á la fogosidad de su patriotismo y de su juventud, manifestó un sincero arrepentimiento por haber votado la muerte de Luis XVI, atribuyendo este voto al imperio de las circunstancias y á la conviccion que habia tenido de la imposibilidad de salvar al rey. Aseguró que los excesos demagógicos le inspiraban cada dia mas horror; que el establecimiento de la república en el seno de semejante concepcion le parecia una quimera, y que todos sus esfuerzos secretos tendían hacia mucho tiempo al restablecimiento de una monarquía

constitucional. El acento de franqueza y de dolor que resaltaba en las manifestaciones de Danton, venció á la familia Gely y fuéle concedida la mano de la jóven.

IV.

El amor que inspiraba á Danton su prometida le hizo ser mas condescendiente todavía. Consintió en dar á su union el carácter religioso que exigian las creencias y piadosas costumbres de la familia en cuyo seno iba á entrar, y en los momentos mismos en que mas proscritas estaban las ceremonias del culto católico y mas perseguidos sus ministros, Danton hizo celebrar su matrimonio en la habitacion, y que oficiase un sacerdote no juramentado, llamado Mr. de Kéravenan, que mas tarde murió siendo cura de San German de los Prados. Antes de la ceremonia Danton pasó al gabinete del sacerdote, se arrodilló á sus pies y cumplió ó fingió el acto de la confesion.

La inmensa fortuna que le suponian y que se atribuía á las exacciones que había hecho en Bélgica, apareció desmentida por la dote que reconoció á su nueva esposa. Solo llevó en matrimonio una cantidad de treinta mil francos en asignados, que muy poco despues ya no representaron mas que doce mil. Dió á su muger por único regalo de boda un bolsillo que contenia cincuenta luises de oro.

V.

Este era justamente el momento en que Danton iba cobrando con el mayor misterio, en su interior, disgusto á la república, y maduraba el proyecto de restaurar por

medio del ejército la monarquía constitucional en la familia de Orleans. Algunos dias despues de su casamiento preguntó á su muger si había gastado los cincuenta luises que le dió el dia de su boda. «No, respondió la jóven, los he conservado para dártelos en un momento de apuro.—Pues bien, préstamelos, dijo Danton, los necesito para hacer de ellos un uso que solo á tí puedo revelar.» Le confesó entonces que estaba fraguando un plan para modificar la república y arrebatár el gobierno á la anarquía; que un movimiento en Paris, coincidiendo con otro del ejército, proclamaria muy pronto la necesidad de la centralizacion del poder, llamando al duque de Orleans á ocupar el trono de la revolucion; que no faltaba á dicho plan mas que el conocimiento y concurso del mismo duque de Orleans, entonces ausente de Paris; que era preciso enviar un agente discreto y seguro y que había escogido para esta mision á su secretario, llamado Miger, destinando para pagar su viage los cincuenta luises.

Dió la esposa de Danton á su marido aquel dinero, y Miger partió. El duque de Orleans no quiso prestar su cooperacion ni dar su nombre á una empresa que le pareció culpable ó prematura. Danton aplazó el movimiento, pero no la idea.

Retrocedamos algunas semanas para comprender mejor cual era la situacion de Danton en los movimientos que precedieron al 31 de mayo.

Poco despues de la defeccion de Dumouriez, Lasource, el mas receloso de los amigos de Roland, insinuó en un discurso que Lacroix y Danton eran cómplices de la traicion del general su amigo, con objeto de restablecer la monarquía. «Ahí está la nube que es preciso rasgar, dijo al concluir Lasource, dirigiendo la mano al banco en que se sentaba Danton. Pido que nombreis una comision para descubrir y herir al culpable. Bastante tiempo hace que el pueblo ve el trono y el Capitolio;

ahora quiere ver la roca Tarpeya y el cadalso (aplausos). Pido además el arresto de Igualdad y de Sillery; pido, por último, para probar á la nacion que jamás capitulamos con un tirano, que nos comprometamos todos á dar muerte al que intentare hacerse rey ó dictador.» La Asamblea, levantándose en masa, repitió el juramento de Lasource. Las tribunas, arrastradas por el movimiento de la Convencion, juraron la muerte del dictador, mirando á Danton. La sospecha que se abrigaba en todas las almas pareció entonces haber estallado por la voz de Lasource, purificando el aire de la Convencion.

VI.

La actitud de Danton, durante el discurso de Lasource, habia revelado todo lo que pasaba en su alma; primero el asombro de un orgullo que se creía inatacable, luego la cólera pronta á estallar contra un enemigo insolente, despues el desden de una popularidad que podia arrostrar cualquier ataque, la energía contenida de una resolución tomada de combatir á muerte, y por último la inmovilidad afectada de la indiferencia que se compadecia de sus acusadores, y agita en su mente las armas con que va á herirlos. Nunca en tan pocos minutos el semblante de Danton habia recorrido toda la escala de la fisonomía humana: la imaginacion parecia turbada en él como sobre un abismo, y la vista arrebatada como en un torbellino de pasiones. Cuando Lasource bajó de la tribuna, Danton se levantó y pasando delante de los bancos de la Montaña en que se sentaba, se inclinó hácia los amigos de Robespierre, y les dijo á media voz, indicando con la mano á los girondinos: «¡Malvados! quieren achacarnos sus crímenes!» Comprendieron los montañeses que Danton, saliendo al fin de su larga perplejidad,

se decidia por ellos é iba á anonadar á sus enemigos. Si-guiéronle todas las miradas á la tribuna. Al inclinarse, se volvió con la espresion de una orgullosa deferencia hácia la Montaña; y con una voz cuya gravedad ahogaba mal su emoción:

«Ciudadanos, dijo, indicando con su ademán que so-lo se dirigía á los montañeses, debo empezar por tribu-laros mi homenaje. Vosotros, los que os sentais ahí, ha-bíais juzgado mejor que yo. Mucho tiempo he creído que, sea cual fuere la impetuosidad de mi carácter, debía mo-derar los medios que debo á la naturaleza, para emplear, en calamitosas circunstancias, la templanza que los su-cesos parecian exigirme. Me acusábais de debilidad, te-níais razon, y lo reconozco ante la Francia entera. ¡A nosotros es á quienes acusan! ¡a nosotros consagrados á denunciar la impóstura y la maldad; y son esos hombres con quienes contemporizamos, los que toman hoy la in-so-lente actitud de denunciadores!...»

Su voz atronadora resonaba como el toque de rebato, sobre los murmullos de la girondinos y los anticipados aplausos de la Montaña. Despues de haber justificado por medio de denegaciones y afirmaciones, la conducta que habia observado en sus relaciones con Dumouriez, calló por un momento, como para juzgar del efecto de su jus-tificación, sondear el terreno bajo sus plantas y replegar su cólera; luego prosiguiendo:

«Y hoy, dijo, por haber sido demasiado prudente y circunspecto, por haberse artificiosamente divulgado que tenia yo un partido y aspiraba á la dictadura; por no haber querido, respondiendo hasta ahora á mis adversarios, suscitar combates demasiado violentos y ocasionar rom-pimientos en esta Asamblea, me acusan de menospreciar y envilecer la Convencion! ¡Envilecer la Convencion! ¿Quién mas que yo ha procurado de realzar su dignidad y fortificar su autoridad? ¿No he hablado con respeto hasta de mis propios enemigos? ¿Y por qué he abandonado es-

te sistema de silencio y moderacion? ¿Porque la prudencia tiene un término, porque atacado por los mismos que debian regocijarse de mi circunspeccion, es permitido corresponder del mismo modo y salir de los límites de la paciencia! ¿Queremos un rey? ¡Solo los que tuvieron la cobardía de querer salvar al tirano por la apelacion al pueblo son los que pueden ser sospechosos de querer un rey! ¡Solo los que han querido manifiestamente castigar á París de un heroismo sublevando contra él los departamentos, solo los que han tenido cenas clandestinas con Dumouriez cuando estaba en París, si! ¡solo esos son los cómplices de su conjuracion!»

A cada una de esas insinuaciones tan directas contra Lasource, Vergniaud, Barbaroux y Brissot, respondia la Montaña con ruidosas manifestaciones de gozo que interrumpian los apóstrofes y la voz desagradable de Marat.

«Nombrad á los que designais, gritan al orador Gensonné y Guadet. — ¡Pues bien! ¡escuchad! responde Danton dirigiéndose á la Gironda. — Escuchad, repite Marat, los nombres de los que quieren asesinar la patria. — ¿Queréis oír una palabra que lo contenga todo? esclama Danton. — ¡Si, si! le gritan de todas partes.» Danton, entonces, con el acento y ademán de un hombre que depone toda consideracion, dice: «¡Pues bien! creo que ya no hay tregua posible entre la Montaña y los patriotas que han querido la muerte del tirano, con los cobardes que queriendo salvarlo, nos han calumniado por la Francia toda.»

La Montaña, aceptando esta señal de separacion entre ella y los girondinos, se levanta como un solo hombre prorumpiendo en una prolongada exclamacion. «He vivido en medio de la calumnia, prosigue Danton con dolor, ha tomado mil formas contra mí, y siempre la han desmentido sus contradicciones. Sublevé al pueblo al principio de la revolucion, y me calumniaron los aristócratas; promoví el 10 de agosto, y me calumniaron los moderados; empujé la Francia á las fronteras y á

Dumouriez á la victoria, y me calumniaron los falsos patriotas: en el dia, forman el testo de nuevas inculpaciones las miserables homilias de un viejo cauteloso, de Roland, que lleva á tal punto el delirio y de tal modo ha perdido la cabeza, que solo ve la muerte, imaginándose que todos los ciudadanos se preparan á herirle. Está meditando con sus amigos el aniquilamiento de París. ¡Pues bien! ¡Cuándo París perezca, ya no habrá república!»

VII.

Repetidos y estrépitosos aplausos salen de las tribunas al escuchar estas palabras. Quieren imponerlas silencio, pero Danton las justifica y dirige un himno al pueblo de París, quien desde lo alto de aquellas tribunas ha puesto por sí mismo su corazón, su mano y su voz en la obra de su libertad. Entra en algunos pormenores para justificarse á sí propio, y dirigiéndose de nuevo á la Montaña, esclama: «Probaré que soy un revolucionario inmutable, que resistiré á todos los ataques, y os suplico, ciudadanos, que aceptéis mi augurio.» La Montaña desde sus bancos, abre los brazos á Danton, como para abrazar á su nuevo gefe. Sale una voz de entre los del Llano que pronuncia el nombre de Cromwell. «¿Quién es el malvado que ha osado decir que me parezco á Cromwell? esclama el orador interrumpiéndose. — Si, pido que ese vil calumniador sea castigado y conducido á la Abadía. ¡Yo Cromwell! ¡Cromwell fué el aliado de los reyes!... y el que ha herido como yo la cabeza de un rey, se convierte para siempre en la execracion de todos los reyes. Reunios, prosigue últimamente con una voz llena de energia, reunios, vosotros los que habeis pronunciado la sentencia del tirano, contra los viles que quisieron salvarlo. Estrechaos, llamad al pueblo para aniquilar nuestros co-

munes enemigos interiores; confundid con el vigor y lo imperturbable de vuestro carácter á todos los malvados, á todos los aristócratas, á todos los moderados, á todos los que os han calumniado en los departamentos. ¡Basta ya de paz, no mas tregua, no mas transacción con ellos!» El furor de su alma parecía haberle trasmido á la Montaña. «Ya veis por la situación en que me encuentro en este momento, la necesidad de manteneros firmes, y declarar la guerra á vuestros enemigos, sean quienes fueren. Preciso es formar una falange indomable. Yo me encamino á la república, marchemos juntos y veremos quien de nosotros ó de nuestros cobardes detractores alcanzará el término. Pido que la comisión de los Seis, que por la proposición de Lasource acabais de nombrar, no solo examine la conducta de los que nos han calumniado, y conspirado contra la indivisibilidad de la república, sino tambien de los que procuraron salvar al tirano.»

Bajó Danton entre los brazos de sus colegas de la Montaña. Sus palabras correspondian á la impaciencia de lucha que existía entre jacobinos y girondinos, contenida hasta entonces por su sola actitud. Este discurso rompía el dique entre ambos partidos, abriendo un libre curso al encono y á la sangre.

VIII.

Marat á su vez, acusó á todos. Santerre anunció, que cien batallones formados por Carnot y él, iban á salir de París, para reparar la brecha que en las fronteras del Norte había dejado abierta la traición. Custine escribió que empezaba su retirada. Los Franciscanos, los Jacobinos, la municipalidad y las secciones, cobraron doble energía y se deshicieron en imprecaciones contra los girondinos, que introducían la división entre París y los

departamentos, y que incapaces de dirigir la república, conspiraban en los conciliábulos de Roland, fraguando la pérdida de los mejores patriotas y el restablecimiento de la monarquía. El mismo tribunal revolucionario, nombrado recientemente por la Convención, vino á quejarse en la barra, por no tener aun conspiradores ni traidores á quienes juzgar. No tardaron en enviarle en masa los aristócratas, los emigrados, los generales del ejército de Dumouriez, culpables, no de su traición, sino de su derrota. Carnot, enviado á la frontera del Norte, llevó consigo el genio de la organización militar de que estaba dotado; se armaron las plazas fuertes, las guarniciones fueron distribuidas, los acopios dispuestos, pusieron en actividad los talleres de armas y cañones, los generales fueron nombrados por aclamación, y el ejército reformó sus líneas, al frente de un enemigo que se asombraba de encontrar otra muralla de bayonetas detrás de la que había destruido.

IX.

Durante algunos dias, estas necesidades de salvación pública confundieron aparentemente los actos, los votos y los discursos en la Convención; los corazones parecían unánimes, pero se habían abrigado en ellos ambiciones y odios que solo esperaban una ocasión para estallar. Desde el dia en que Danton pronunció su discurso, el partido de Marat, seguro de tan temible apoyo, iba cada vez adquiriendo mas audacia.

Este hombre, que nada era ya por sí mismo, se había hecho la bandera de la Montaña, y esta no podía abandonarle sin parecer debilitarse y transigir con la Gironda. Marat conocía su propia fuerza y abusaba de ella para empeñar sobre su nombre nuevas luchas que se en-

grandecian ante el pueblo, á medida de la importancia del combate. Idolo del pueblo bajo, agitador de las secciones, seguro de la adhesion de la municipalidad, orador de los Franciscanos, se veia ademas sostenido por aquel club central de insurreccion que se habia convertido en poder ejecutivo de la asamblea y que se reunia en la sala del arzobispado. Allí concurrían á una señal de Marat, para redactar peticiones incendiarias ó amotinar los arrabales, aquellos hombres que de la sedicion habian hecho un oficio; no cesaban los peticionarios de pedir á la Convencion la acusacion de Guadet, Vergniaud, Gensonné, Brissot, Barbaroux, Louvet y Roland.

Petion denunció á la Convencion una de esas peticiones que provocaban al asesinato de una parte de la representacion nacional: «¿Quién merece mejor el patíbulo que Roland? decia el escrito, y sin embargo, respira. A cualquier lado que dirijamos la vista, no vemos mas que conspiradores. ¡Legisladores, amedrentad con el suplicio! ¡Montaña de la Convencion, salvad la república! ó si no os sentis con bastante fuerza para hacerlo, tened la osadia de decirlo con franqueza, y nosotros nos encargaremos de ello.» Danton traspasando los límites de la audacia, propuso que se hiciera mencion honorífica del escrito. Precipitose á la tribuna con Fabre de Eglantine y varios miembros de la montaña para arrojar de ella á Petion. «Petion, le grita Duperret; tenemos hijos que nos vengarán.—¡Sois unos malvados!» respondió Danton. De entre los del Llano salen voces de *¡abajo el dictador!* Los diputados bajan de sus bancos y se avalanzan cual dos torrentes contrarios á la tribuna; un girondino desenvaina un puñal y un montañés pone una pistola al pecho de Duperret. El presidente se cubre, Petion sigue comentando el escrito y pidiendo venganza de los ultrages dirigidos contra los miembros de la Convencion nacional; pero á cada paso se ve interrumpido por murmullos y careajadas. Adelantose en medio del salon David, el amigo de Ro-

bespierre y de Marat, desafiando á Petion con voces y ademanes; pero éste persiste y hace resaltar la poca dignidad de la Convencion, en conservar en su seno á un hombre junto al cual nadie queria sentarse un mes antes, y que obtenia á la sazón mas favor y respeto que los mejores ciudadanos, un hombre que predicaba abiertamente el despotismo, que provocaba el saqueo y pedia cabezas; en una palabra, Marat.

«¿Tenemos por ventura el derecho, dice Danton que sucedió á Petion, de exigir al pueblo mas cordura que la que nosotros mismos manifestamos? ¿No tiene el pueblo derecho de experimentar esa fermentacion que lo conduce al delirio patriótico, cuando parece esta tribuna una arena de gladiadores? ¿No me he visto yo mismo sitiado hace poco en este lugar? ¿No me han dicho que queria ser dictador? Voy á examinar con frialdad la proposicion de Petion. No me dejaré arrastrar por pasión alguna, y conservaré mi impassibilidad, sean cuales fueren los movimientos de indignacion que se atropellen en mi pecho. Sé cuál ha de ser el desenlace de este gran drama, cuyo objeto será el pueblo: yo quiero la república y probaré que me encamino constantemente á este fin. Se queja Petion de que hayan pedido su cabeza ¿y no se ha pedido tambien la mia en algunos departamentos? Al mismo Petion apelo; no solo desde hoy se encuentra en medio de las borrascas populares, y muy bien sabe que cuando un pueblo derriba la monarquía para fundar la república, llega mas allá del objeto que se propone por la fuerza de proyeccion que se ha dado. ¿Qué debeis responder al pueblo, cuando os dice verdades severas? Debeis responderle salvando la república. Será tanto mas bella la constitucion, cuanto que habria nacido entre las borrascas de la libertad, y por eso un pueblo de la antigüedad levantaba sus murallas, trabajando con una mano, al paso que con la otra empuñaba la espada que debia defenderlo. No se nos traigan, pues, denuncias exageradas como si se te-

miera la muerte. ¡Bien os cuadra pronunciarnos contra el pueblo por haberos dicho verdades enérgicas! ¡Pido que sea desatendida la mocion de Petion! Si París se manifiesta indignado, es porque tiene el derecho de hacer la guerra á los que tantas veces lo han calumniado, despues de los servicios que ha prestado á la patria.

Roofrede indignado, se levanta para apoyar la mocion de Petion. «Yo no considero, dijo, á algunos hombres como el pueblo. Se acusa á la mayoría de esta asamblea de complicidad; y ¿quién lo hace? Dumouriez. ¿Quién quiere disolverla? Orleans, cuando se pasa al enemigo. ¿Quién la acusa? Los realistas que vuelven á pedirnos el tirano cuya cabeza habeis derribado. ¿Quién la acusa, en fin? Todos los nobles, todos los clérigos, todos los reyes. Nos acusan de complicidad porque no se atreven á inculparnos de haber fundado la república, de haber declarado la guerra á la monarquía, de haber por último desterrado á esos Borbones cuyo despreciable gefe se despide así de nosotros; y es indudable que debemos caminar en derechura á nuestro objeto, rechazando con una mano al enemigo y fundando con la otra la Constitución.—¡Ciudadanos! ¡No permitais que en vosotros se envilezca la nacion! ¡Ciudadanos! dice á su vez Guadet, la república se pierde si consentis que vengan esos malvados á deciros impunemente que la Convencion está corrompida.—Robespierre se levanta. Los que pretenden, dice, que la mayoría de la Convencion está corrompida, son unos insensatos; pero los que nieguen que alguna vez puede estraviarla una coalicion compuesta de hombres profundamente corrompidos, son unos impostores.... Voy á descorrer una parte del velo....»

Al oír esto, Vergniaud se llena de indignacion y pide el mismo que se escuche á Robespierre. «Aunque no tengamos, dice, discursos preparados artificiosamente, sabremos responder y confundir á los malvados.»

X.

• Robespierre acusa á Vergniaud y á su partido con la mayor vehemencia, acabando por pedir su enjuiciamiento. La Montaña aplaudió el resultado de este discurso. Vergniaud subió á la tribuna despues de Robespierre y consiguió con dificultad hacerse escuchar.

X.

«Voy, dijo, á tener la osadía de responder á Robespierre, quien con una pérfida novela artificiosamente escrita en el silencio del gabinete y con glaciales ironías, acaba de sembrar nuevas discordias en el seno de la Convencion; tendré el valor de responderle sin meditacion; por que no tengo necesidad de arte como él; me basta con mi alma. Mi voz, que desde esta tribuna ha llevado el terror á ese palacio donde ha contribuido á precipitar al tirano, tambien lo escitará en el alma de los malvados que quisieran susistir su tiranía á la de un monarca. En vano se trata de irritarme; sabré estar sobre mí. No secundaré los infames proyectos de los que se esfuerzan en hacernos mutuamente degollar como los soldados de Cadmo, para entregar nuestros puestos vacantes á los déspotas que nos preparan. Robespierre nos acusa de habernos opuesto en el mes de julio á la destitucion de Luis Capeto. Respondo que yo fui el primero que en esta tribuna hablé de destitucion el 3 de julio, y añadiré que tal vez la energia de aquel discurso no contribuyó poco á la caída del trono. En la comision del 21 de que era yo miembro, no queriamos ni un nuevo rey, ni un nuevo regente, sino la república, y yo fui

quien, después de haber presidido durante toda la noche del 9 al 10 de agosto, entre el toque de rebato, vine, mientras presidía Guadet por la mañana entre el estruendo del cañon, á proponer la república en nombre de la Asamblea legislativa. Os lo pregunto, ciudadanos, ¿es esto haber estado en connivencia con la corte? ¿es á nosotros á quienes debe esta mostrarse reconocida, ó á los que por las persecuciones que nos hacen experimentar, la vengan tan bien del daño que le hemos hecho.

«Nos acusa Robespierre de haber insertado en el decreto de suspensión un artículo en que decía que se nombraría un ayo al príncipe real. El 17 de agosto, abandoné la silla de la presidencia á las nueve de la mañana, para redactar en diez minutos el decreto de destitución. Supongo que me hubiesen engañado los motivos en que me fundaba para insertar dicho artículo: tal vez en las graves circunstancias en que nos hallábamos, tal vez entre las inquietudes que debían agitarme durante el combate podría acusárseme el no haber sido infalible. Como quiera que fuese, no es á Robespierre, oculto entonces prudentemente en una cueva, á quien convendría manifestarme tanto encono por un momento de debilidad. Pero cuando apresurado redactaba yo el proyecto de decreto, vagaba la victoria incierta entre el pueblo y palacio, y aquel nombramiento de un ayo para el príncipe real, en el caso de haber vencido el tirano, aislaba constitucionalmente al padre del hijo que servía de este modo de rehenes al pueblo contra las venganzas de la corte.

«¡Nos acusa Robespierre de haber alabado á La Fayette y Narbonne! Guadet y yo fuimos los que á pesar de los murmullos de la Asamblea legislativa, tuvimos la osadía de atacar á La Fayette en esa barra, cuando intentó imitar á César.

«¡Nos acusa Robespierre de haber hecho declarar la guerra al Austria! No se trataba entonces de saber si tendríamos guerra, porque ya nos la habían declarado de

hecho, solo de ver si esperaríamos pacíficamente que nuestros enemigos llevasen á cabo los preparativos que estaban haciendo á nuestras puertas para aniquilarnos; si dejaríamos que el teatro de la guerra fuese trasladado á nuestro territorio, ó si habíamos de llevarlo nosotros al suyo. El valor de los franceses ha respondido por nosotros á esta acusación.

«¡Se dice que hemos calumniado á París! Solo Robespierre y sus amigos son los que calumnian á esta ciudad célebre. Siempre se ha fijado con espanto mi pensamiento en las escenas deplorables que han manchado nuestra revolución; pero he sostenido constantemente que han sido obra, no del pueblo, sino de algunos malvados que han acudido de todos los puntos de la república para vivir de rapiña y asesinato en una ciudad donde la inmensidad y las agitaciones abrían una ancha carrera á sus crímenes. Por la misma gloria del pueblo, he pedido que fuesen entregados al rigor de las leyes. Otros, por el contrario, para asegurar la impunidad de los malvados y procurarles sin duda nuevas ocasiones de matanza y de rapiña, han hecho ya apología de sus excesos, atribuyéndolos al pueblo. Ahora bien, ¿quién calumnia al pueblo, el hombre que lo sostiene inocente de los crímenes de algunos malvados extranjeros, ó el que se obstina en imputar al pueblo entero la odiosidad de esas sangrientas escenas?—Son venganzas nacionales, esclama Marat.

Vergniaud prosigue sin mirarle: «Hemos querido huir de París, nos dice Robespierre, habiendo él querido fugarse á Marsella. En cuanto á mí declaro que si la Asamblea legislativa quería salir de París no podía ser sino de la misma manera que salió Temístocles de Atenas: es decir, con todos los ciudadanos, sin dejar á nuestros enemigos otra conquista que cenizas y escombros, y solo huyendo ante ellos por un momento, para labrar mejor su tumba.

«Nos acusa Robespierre de haber votado el llamamiento al pueblo. ¿Debiale yo, por ventura, el sacrificio de una opinion que yo creia buena, y podia evitar á la nacion una nueva guerra cuyas calamidades temia?

«Y somos intrigantes y conspiradores; prosigue Vergniaud: ¿se nos ha visto por ventura proponer el 10 de agosto que se arrestasen los ministros en el seno de la Asamblea? La ocasion, sin embargo, era oportuna y podíamos creer sin presuncion que recaeria la eleccion en algunos de los nuestros; ¿dónde están, pues, las pruebas de esa pasion de fortuna, de esa sed de poder que nos atribuyen? Danton se ha vanagloriado de haber solicitado y obtenido empleos para hombres á quienes creia buenos ciudadanos; y si alguno de nosotros ha seguido la misma regla de conducta, lo cual ignoro, ¿cómo podria ser un crimen en él lo que no ha parecido vituperable en Danton?

«Que somos moderados, fuldenses. ¡Nosotros moderados! ¡No lo era yo el 10 de agosto, Robespierre, cuando estabas escondido en tu cueva! ¡Moderados! No, no lo soy en el sentido de querer debilitar la energia nacional, porque sé que la libertad siempre es activa como la llama; que es inconciliable con una calma perfecta, que solo conviene á esclavos. Tambien sé que en tiempos revolucionarios habria tanta locura en pretender calmar por la sola voluntad la efervescencia popular, como en mandar á las olas contenerse cuando se ven agitadas por los vientos. Pero el legislador, en cuanto posible le sea, debe precaver los desastres de la tempestad con prudentes consejos, y si para ser patriota es menester declararse protector del saqueo y de la matanza, si, ¡soy moderado!

Desde la abolicion de la monarquía, he oido hablar mucho de revoluciones, y he dicho entre mí: «Solo dos hay posibles; la de las propiedades ó agraria, y la que nos condujese de nuevo á la monarquía. He resuelto fir-

memente combatir las ambas: si es esto ser moderado, si, lo soy.

«Tambien he oido hablar mucho de insurreccion, y confieso que me he lamentado. O tiene la insurreccion un objeto ó no; en el último caso es una convulsion para el cuerpo político, que no pudiendo hacerle beneficio alguno, debe necesariamente ocasionarle mucho daño. Si tiene la insurreccion un objeto determinado ¿cuál puede ser sino el de arrancar el poder á la representacion nacional para trasferirlo á la cabeza de un solo ciudadano? En ambos casos, los que preconizan la insurreccion conspiran contra la república y la libertad, y si es preciso aprobarlas para ser patriota ó ser moderado combatiéndolas, soy moderado. Cuando la estatua de la libertad está en el trono, no puede ser provocada la insurreccion sino por los amigos de la monarquía. Tambien he deseado medidas terribles, pero solo contra los enemigos de la patria; he querido castigos y no proscripciones. Algunos han creido hacer consentir su patriotismo en atormentar y arrancar lágrimas; pero yo hubiera deseado que el patriotismo solo hiciera felices. Se trata de consumir la revolucion por medio del terror, y yo hubiera querido que esta obra la hiciera el amor. En fin, no he querido que, semejantes á los clérigos y feroces ministros de la inquisicion, que solo hablaban de su misericordioso Dios al fulgor de las hogueras, debiéramos nosotros hablar de libertad entre puñales y verdugos. ¡Ah! ¡dénosenos gracias de nuestra moderacion! Si hubiéramos aceptado el combate que no cesan de presentarnos aqui, lo declaro á mis acusadores, como quiera que sean las sospechas en que nos envuelvan, y las calumnias con que se quiera manciillarnos, son aun nuestros nombres mas estimados que los suyos, y hubiérase visto acudir de todos los departamentos hombres tan temibles para la anarquía como para los tiranos. Nuestros acusadores y nosotros estaríamos ya consumidos por el fuego de la guerra civil.»

Después de haber ido respondiendo así á todos los cargos de Robespierre, Vergniaud, examinando la petición de Petion, prosigue del modo siguiente:

«Habeis dispuesto por vuestro decreto que los culpables del 10 de marzo fuesen enviados ante el tribunal revolucionario, el crimen está probado. ¿Qué cabezas han caído? Ninguna. ¿Qué cómplice ha sido detenido? Ninguno. Habeis mandado que se diese libertad á uno de los culpables para oírlo como testigo, lo cual viene á ser como si en Roma hubiese decretado el senado que Lentulo podría servir de testigo en la conspiración de Catilina. Habeis citado á la barra miembros del comité central de insurrección. ¿Han obedecido? ¿Han comparecido? ¿Quiénes, sois, pues? En la petición del Pósito, se derrama á torrentes el oprobio contra la Convención nacional: no es una petición lo que vienen á someteros, sino órdenes que os dictan, proponiéndoos aisladamente la orden del día. Ciudadanos, si tan solo fuérais simples individuos os diría: ¿Sois cobardes? Pues bien, entregaos al azar de los sucesos, aguardad con estupor que os despidan ó manden degollaros, y declarad que seréis los esclavos del primer asesino que quiera encadenaros. ¡Buscaís á los cómplices de Dumouriez! ¡Ahí los teneis, ahí están! Ellos son los que han formado el comité central de insurrección, ellos son los que han provocado esa criminal esposición de la sección del Pósito: todos ellos quieren como Dumouriez aniquilar la Convención; todos ellos como Dumouriez, desean un rey, y á nosotros es á quienes llaman los cómplices de Dumouriez. Se ha dado, pues, al olvido que nosotros hemos denunciado sin cesar la facción de Orleans. ¡Nosotros cómplices de Dumouriez! ¿Se olvida, pues, que en medio de las borrascas de una sesión de ocho horas hicimos dar el decreto que desterraba á todos los Borbones de la república? ¡Nosotros cómplices de Dumouriez! ¿Se ha dado al olvido (indicando con el ademán á Robespierre) quiénes fueron los que

hicieron revocar aquel decreto? ¡Cómo! Dumouriez conspira en favor de un Borbon, nosotros luchamos para obtener el destierro de los Borbones, y somos acusados!

«A todo he contestado, he confundido á Robespierre, y esperaré tranquilo que pronuncie la nación entre mis enemigos y yo. ¡Ciudadanos, termino esta discusión tan dolorosa para mi alma, como fatal para la causa pública; creía yo que la traición de Dumouriez produciría una crisis feliz, reuniéndonos á todos el sentimiento del peligro común; creía que en vez de encarnizarnos en perdernos unos á otros, solo nos ocuparíamos en salvar la patria, ¡Por qué especie de fatalidad, no cesan los representantes del pueblo de convertir este recinto en el foco de sus calumnias y de sus pasiones! ¡Sabeis como he devorado en silencio las amarguras con que me abruma hace seis meses, y como he sabido sacrificar á mi patria los mas justos resentimientos! ¡Sabeis como, bajo pena de cobardía, bajo pena de confesarme culpable, bajo pena de comprometer el poco bien que todavía me es permitido esperar hacer, he podido dispensarme de patentizar la perfidia é impostura de Robespierre! ¡Ojalá sea este día el último que perdamos en escandalosos debates!

XII.

Este discurso, tranquilizando el alma de Vergniaud, le atrajo de nuevo el numeroso partido de los moderados. Resonó esta elocuencia durante algunos días en París, y en la Francia entera. Los girondinos resolvieron aprovecharse de la predisposición del favor público para acabar con sus enemigos; pero no tenían otras armas que discursos, al paso que Danton y Robespierre eran dueños del pueblo de París. En los días siguientes, se hallaban tan agitados los ánimos, que Duperret echando

mano á la espada se arrojó á los miembros de la Montaña. Reportándose por los gritos de horror de la Convención, se escusó declarando que si hubiera tenido la desgracia de poner la mano en un representante del pueblo, le quedaba otra arma para matarse. La Asamblea achacó su acaloramiento á demencia y le perdonó.

Pronunció en seguida Petion un discurso que se parecía á las voces de la desesperacion de su perdida popularidad. Sucedióle Guadet defendiéndose como Vergniaud de toda complicidad con Orleans y Dumouriez. «Cierto es, dijo, que Dumouriez ha venido á París precedido de la reputacion de gran general y cercado del esplendor de sus victorias; pero no he ido tras él, y lo he conocido en el comité de que era yo miembro. Le vi otra vez en una casa donde le ofrecieron una funcion á la que fué convidado, y á donde concurri por la amistad que me unia á Talma, que era quien la daba, permaneciendo solo en ella media hora. Ha estado muchos dias en París, y no he sabido donde vivia; pero ¿á quien se ha visto diariamente al lado de Dumouriez en todos los espectáculos de París? ¿quién estaba sin cesar junto á él? ¡Vuestro Danton!.....»

Al oír estas palabras, esclama Danton como despertando sobresaltado: «¿Con qué me acusas á mí? no conoces mi fuerza; le responderé, probaré tus erimenes. En la ópera me hallaba en un palco inmediato á Dumouriez, pero no en el suyo; tambien estabas tú.» Guadet prosigue: «Si, Danton, Fabre de Eglantine y el general Santerre formaban la corte de Dumouriez; y tú, Robespierre, nos acusas de haber estado en inteligencia con La Fayette; pero ¿dónde te escondias el dia que acompañado de todo el brillo de su poder, fué traído desde el palacio de las Tuillerias hasta esa barra, entre el ruido de las aclamaciones que se daban en esa esplanada como para imponer á los representantes del pueblo? Solo yo me presenté en la tribuna y lo acusé, no tenebrosamente como tú, sino en

público; ahí estaba, y sin embargo, eterno calumniador, me acusas de corrupcion; dices que la conspiracion de que formamos parte es una cadena cuyo primer eslabon está en Lóndres y el último en París, y que ese anillo es de oro. ¡Pues bien! ¿dónde están esos tesoros? Venid vosotros los que me acusais, venid á mi casa, venid á ver á mi muger é hijos manteniéndose con el pan del pobre; venid á ver la honrosa medianía en que vivimos. Id á mi departamento y mirad si han crecido mis escasas posesiones; vedme llegar á la Asamblea; ¿vengo á ella en magníficos corceles?

¿A quién debia aprovechar la traicion de Dumouriez? A Orleans. ¡Pues bien! No ha sido reciente ni confidencialmente cuando y cómo le he dicho lo que de él pensaba. Le he acusado aqui una noche de aspirar al trono y al dia siguiente le vi entrar en mi casa á las siete de la mañana, sorprendiéndome extraordinariamente. Protestó que su renuncia á la dignidad real era sincera, y me preguntó si habia querido designarlo, rogándome que me explicase con franqueza.— Me suplicais que os hable con franqueza, le dije, no necesitais rogármelo, pues conozco vuestra nulidad y de vos solo nada recelaria, pero á vuestra sombra se abrigan unos hombres que os necesitan y los temo. Teneis, añadí, un medio muy sencillo de hacer cesar estas sospechas; pedid vos mismo á la Convencion nacional el decreto que os destierre de la república con vuestra familia. Respondióme el de Orleans que ya le habia dado el mismo consejo Rabnut-Saint-Etienne, y al siguiente dia manifesté á Sillery que no restaba á Orleans otro partido. Me respondió éste: si, lo creo como vos, y voy á prepararle un discurso en que pida su espulsion, porque nada sabe hacer por sí mismo. ¡Cuál no fué mi sorpresa, cuando en la sesión en que proponia el decreto de destierro, oí á Sillery pedir la palabra para combatir esta medida! Esta contradiccion acrecentó las sospechas que hacía Orleans habia yo concebido. Así,

pues, ciudadanos, está demostrado que la conjuración del 10 de marzo se halla relacionada con la conjuración de Orleans. ¿Y quién ha urdido la conspiración del 10 de marzo? ¿Quién la ha urdido, ciudadanos? Tendré valor para decir la verdad desnuda: ha sido Robespierre. Mientras este nuevo Mahoma envolvía de esta suerte en una indicación misteriosa las víctimas que iba á herir, su Omar las nombraba en su hojas, encargándose otros de degollarlas. ¿Pero, ciudadanos, creéis que no se prepara otra vez el peligro de que habeis escapado? ¡Desengañaos y escuchad!...

Guadet lee á la Convencion un manifiesto de los jacobinos á sus hermanos de los departamentos: «¡A las armas! dicen, ¡á las armas! ¡Estamos vendidos! Vuestros mayores enemigos están entre vosotros, dirigiendo vuestras operaciones y disponen de vuestros medios de defensa; si, hermanos y amigos, en el senado es donde ciertas manos parricidas desgarran vuestras entrañas; si, la contra-revolucion está en el gobierno, en la Convencion nacional; ahí, en el centro de vuestra seguridad y de vuestra confianza es donde tienen algunos criminales representantes el hilo de la trama que han urdido con la horda de déspotas que vienen á asesinarnos; pero la indignacion os enardece ya; ¡republicanos, corramos á las armas!

XIII.

«¡Es verdad!» esclama Marat. Al oír estas palabras, la derecha y el centro se levantan llenos de indignacion y piden á gritos que Marat sea acusado. Apoyado éste por la inmovilidad de la Montaña y el aliento que le daban las tribunas, arrostra la cólera de la mayoría y se lanza á la tribuna. «¡A qué viene tanta palabrería, dijo con insolencia, y para qué sirve? Se trata de introducir

entre vosotros la sospecha de una conjuración quimérica para ahogar otra demasiado real.—El decreto de acusación contra Marat, gritan á la vez trescientos miembros. Marat se esfuerza para que le oigan, y los mismos gritos ahogan su voz.

Danton sale entonces de entre la Montaña acudiendo á escudar á Marat con su desden, pero tambien con su protección. «¿No es Marat, dijo, representante del pueblo? ¿Debemos acusar á la Convencion antes de tener contra uno de sus miembros pruebas evidentes? ¿Quién es el culpable, Marat ó los *hombres de Estado*? El tiempo lo dirá. Pero si el verdadero culpable es Orleans, enviadle primero al tribunal revolucionario y poned á precio la cabeza de todos los Borbones emigrados.—¿Y cuál será la suerte de nuestros comisionados detenidos por Dumouriez? le pregunta una voz de la Montaña.—Vuestros comisionados, replica Danton, son dignos de la nacion y de la Convencion nacional; no deben temer la suerte de Régulo.»

Boyer-Fonfrede insiste en que se lleve á efecto la acusacion contra Marat.

XIV.

La Convencion hizo que se votase al dia siguiente la acusacion contra Marat, que fué decretada por doscientos veinte votos contra noventa y dos. Los jacobinos lanzaron un grito de indignacion. El ostracismo de Marat fué el principio de su triunfo.

XV.

Al salir del salon rodeado de numerosos franciscanos, Marat no fué detenido ni conducido á la Abadía,